

EL PRIMER AMANTE.

María Sorén



# Capítulo 1

## Capítulo 1.

La melodía del ayer.

Abril 1960, Cd. de México.

La tarde somnolienta de abril mostraba las calles solitarias y silenciosas de la colonia Roma. La casa porfiriana en color verde y piedra mantenía uno de sus balcones de la planta baja abierto, la suave brisa movía las delicadas cortinas blancas que cubrían la entrada y no dejaban ver hacia adentro. Sin embargo salían por él las dulces notas de una melodía interpretada por dedos expertos en el teclado de un piano. La mujer recorría el teclado interpretando con intensa emoción el intermezzo de Manuel M. Ponce, sus ojos cerrados le hacían poner el alma en la música.

Cuando terminó abrió sus ojos y miró el reloj que estaba sobre una mesita, se dio cuenta que ya eran las seis de la tarde, sobó sus brazos por un momento sintiendo frío. Se levantó del banquillo, se acercó al balcón haciendo a un lado las cortinas y asomó a la calle. Decidió cerrar las puertas del balcón pero sus ojos color avellana se detuvieron por un momento en la cansada figura de un hombre de edad que caminaba por la acera de enfrente, despacio, con calma y apoyándose en un bastón que tenía un curioso mango de marfil tallado en forma de cabeza de mujer. Poco a poco fue acercándose a una banca del parque y se sentó quedando de frente a la casa y al balcón abierto donde la mujer lo miraba curiosa.

Lo observó con detenimiento durante unos minutos, de pronto su corazón dio un vuelco emocionado, ¿sería posible que fuera él? Después de tanto tiempo el destino caprichoso lo ponía nuevamente frente a ella. No, no lo creía posible. Cincuenta años más tarde él estaba ahí, su amor, su amante, el primero al que le diera el alma.

Volvió a mirarlo y sus ojos se humedecieron, había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvieran juntos. Nunca pensó volver a verlo, se había resignado a guardar en lo más hondo de su alma esos sentimientos por él, pero al verlo nuevamente todas las emociones dormidas despertaron dentro de ella. Acercó una silla al balcón y se sentó frente a

él, desde ahí podía contemplar al hombre que sin ningún afán descansaba en la banca del parque. Cerró sus ojos para evitar que las lágrimas salieran de ellos, luego más tranquila permitió que su mente la llevara tiempo atrás en sus recuerdos.

La llevó a una habitación en ésa misma casa pero en la planta alta, hasta una recámara decorada con papel tapiz lila con violetas púrpura, sillones tapizados de flores, una cama de madera pintada en color crema con guirnaldas, un ropero grande y dos cajoneras más un tocador con un espejo enorme. Frente a él se admiraba una chiquilla de cabello castaño claro dividido en dos trenzas, cejas tupidas del mismo color que su cabello, ojos avellana grandes y vivaces. Su rostro bonito con mejillas sonrosadas y labios delgados cambiaba de expresión conforme examinaba su reflejo en el espejo. Tenía pocos meses de haber cumplido dieciséis años, ya era toda una señorita, tenía un año de haber sido presentada en sociedad. Así que estaba lista para ser cortejada, casarse y tener un marido.

Contempló su cuerpo delgado de adolescente, busto pequeño todavía en desarrollo, caderas apenas redondeadas, y una suave curva hacía su trasero. Después de unos segundos suspiró resignada a no tener el cuerpo hermoso y bien formado de su hermana mayor que aparte de ser hermosa era un modelo de lo que una mujer de su época debía de ser. Unos leves golpes en la puerta la desconcentraron de la meditabunda inspección de sí misma, la sirvienta entró llevando unos fondos ya planchados y almidonados y procedió a ayudarla a vestirse.

Debía estar lista porque vendrían invitados a cenar, amigos de su padre y el prometido de su hermana. Cuando por fin estuvo lista, bien vestida y peinada salió de su recámara y bajó la larga escalera de mármol hasta el vestíbulo. Se asomó a la biblioteca donde su padre trabajaba pero no entró, después por la ventana divisó a su hermana que con la sirvienta cortaba algunas rosas del jardín para colocarlas en la mesa. El gran reloj de pie en la entrada comenzó a sonar sus campanadas dando a entender que ya eran las seis de la tarde y pronto sería hora de cenar. Los invitados no tardarían en llegar, así que para no aburrirse acudió al saloncito donde se celebraban las reuniones y estaba el inmenso piano cubierto con un mantón español. Quitó el mantón y abrió la tapa del piano, luego dejó al descubierto el teclado blanco con negro y se sentó en el banquillo. Estiró los dedos de ambas manos colocó sus pies en los pedales y comenzó a interpretar una bonita melodía que había escuchado en una reunión. Tenía muy buen oído, así que pudo aprender la melodía sin necesidad de la partitura. El saber música era una de las muchas cosas que una jovencita de sociedad debía cultivar, lo mismo que bordar, coser, cocinar y aprender a organizar una casa por

completo.

Ella aprendió todo aunque no eran sus cosas preferidas, era una niña soñadora a la que le gustaban los libros, la ciencia y las matemáticas. La astronomía también era su afición, algo que compartía enteramente con su padre quién construyera un pequeño observatorio en la azotea de la residencia afrancesada donde vivían.

Por fin la chica se concentró en la pieza que tocaba dándole unos tonos suaves, dulces y melancólicos que la pieza necesitaba. Tan ensimismada en la música estaba que no se dio cuenta de la entrada de un hombre que detrás de ella a unos cuantos pasos la veía disfrutando intensamente de la música.

Al terminar, los aplausos del hombre la sorprendieron haciéndola girar tan bruscamente hacia atrás que cayó del banquillo.

— ¡Oh! — exclamó desde el suelo.

— ¡Señorita, disculpe la haya asustado! Permítame ayudarla — dijo extendiendo sus manos hacia ella. La jovencita dudo en tomar las manos que el caballero le ofrecía pero decidió que era lo mejor para levantarse con un poco de dignidad. Se sujetó de las manos y se levantó con su ayuda, una vez estuvo sobre sus pies retiró deprisa sus manos y las escondió a su espalda, cohibida.

El hombre sonrió divertido haciendo una pequeña mueca del lado derecho de su boca y se retiró un poco para no incomodarla. Ella sonrojada por la vergüenza sacudió su falda de terciopelo rosa y su blusa blanca de encaje, disimuladamente también sobó sus asentaderas lastimadas por la caída.

— Creo que debo disculparme por haber entrado así, sin anunciarme. Lo que sucede es que escuché el piano y ésta pieza es una de mis preferidas, así que tuve el impulso de entrar para escuchar de cerca.

— Pero me asustó... — pronunció de forma acusadora.

— Lo sé y vuelvo a darle mis disculpas señorita...

— Felicia... Felicia Montes Lira.

— ¡Ah usted es una de las encantadoras hijas de don Arturo Montes! Conozco a su hermana Alicia pero no tenía el agrado de conocerla a usted — mencionó tomando la mano de la chica besándola con suavidad y mirándola fijamente a los ojos. La mirada azul cobalto del hombre se clavó en sus ojos avellana que parpadearon nerviosos ante la caricia que

los labios masculinos habían hecho en su pequeña mano. Cuando la soltó ella volvió a esconderla a su espalda. En ése momento entró su padre quién amigable se acercó al hombre saludándolo.

— Señor Galván, me alegro que haya llegado. Veo que ya conoció a mi hija pequeña, Felicia.

—Sí tuve el gusto de conocerla, entré aquí porque escuche el piano, su hija toca maravillosamente. Tiene una artista en ella.

— Efectivamente, tiene talento como debe ser en una señorita de sociedad.

— Así es.

— Bien, ¿le parece que pasemos al comedor? Mi esposa y mi otra hija con su prometido y unos amigos están allá.

— Por supuesto. ¿Me permite ofrecerle mi brazo para llevarla al comedor señorita Felicia? — dijo galante.

Ella asintió, se sujetó de su brazo y los tres salieron del saloncito hasta el comedor. Ahí estaban ya los demás miembros de la familia Montes Lira y los invitados a la cena de ésa noche.

Arturo presentó a su invitado Leopoldo Galván a todos y procedieron a cenar. Los sirvientes se apresuraron a llenar los platos de los comensales y todos comenzaron a comer y a conversar. Sin embargo Leopoldo no quitaba la vista de Felicia, conversaba y hacía bromas haciendo reír a todos pero su insistente mirada la perturbaba, nunca nadie se había atrevido a mirarla así, de manera pertinaz y hablándole de prometedoras caricias y amores . Ella rehuía la mirada del caballero pero su cuerpo temblaba ligeramente a lo que ya entendía como una manifestación de su sexualidad.

La conversación siguió tocando diferentes temas. Aunque el más recurrente era la política, se respiraba en todo el país un aire de cambio de algo que irremediamente iba a suceder y es que el gobierno del presidente Porfirio Díaz estaba resquebrajándose en ése año de 1910.

## Capítulo 2

### EL CABALLERO DE OJOS AZULES.

La cena terminó y todos pasaron al salón del piano donde degustaron un poco más de vino y café. Y por supuesto los jóvenes deseaban bailar. Roberto el prometido de Alicia se acercó a don Arturo y pidió permiso para poder iniciar un baile.

— Don Arturo ¿permite que Felicia pueda acompañarnos al piano con algunos vales para poder bailar un poco? Quiero tener la dicha de hacerlo con mi prometida.

— Creo que después de la cena estará bien un pequeño baile, quizá unas dos o tres piezas. Felicia cariño ¿puedes hacerlo por favor?

— Si papá — contestó la jovencita. Volvió a sentarse en el piano e interpretó algunos vales para delicia de su hermana mayor y su prometido quienes felices bailaron en medio del saloncito.

Cuando terminó el cuarto vals Leopoldo se puso de pie se acercó al piano y dijo al anfitrión.

— Creo que la señorita Alicia podría ayudarme interpretando un vals más para que su hermana Felicia pueda también bailar. Si el señor Montes está de acuerdo.

— Por supuesto Leopoldo, Alicia querida toca tú algo. — Su hija asintió y tomó asiento frente al instrumento. Felicia se puso de pie desconcertada, nunca pensó que quisiera bailar con ella. El hombre se acercó, tomó su mano, rodeo su cintura con el brazo y comenzaron a bailar.

Leopoldo le sonreía mirándola fijamente, la jovencita también lo hizo. No podía evitar la profunda mirada que la traspasaba por completo queriendo absorber toda su intimidad. Por momentos ella se perdía en ése mar azul de los ojos de Galván que la embriagaba en segundos. Incluso temblaba en los brazos del caballero. Cuando la pieza terminó y se vio libre de sus brazos Felicia se disculpó un momento y salió del salón. Una vez fuera subió de prisa las escaleras y se encerró en su cuarto.

— Discúlpela señor Galván, mi hija es sumamente tímida — dijo Beatriz la

esposa de Arturo.

— No hay porqué. Bien, creo que me retiro. ¡He pasado una velada muy agradable en compañía de su familia señor Montes!

— Le agradezco haya aceptado mi invitación y las puertas de mi casa están abiertas para usted.

— Gracias, buenas noches.

Salió del salón y se dirigió a la puerta, ahí el mayordomo lo esperaba con su sombrero de copa, bastón y abrigo. Una vez abrigado y con bastón en la mano el hombre salió de la casa, en la calle miró discretamente a una de las ventanas del piso superior. Desde ahí, escondida entre las cortinas la muchachita lo observaba. Leopoldo tocó el ala de su sombrero en señal de saludo y se marchó. Sabía bien que era Felicia quien estaba en la ventana.

Una vez que la figura del hombre se perdió en las calles, ella se retiró de la ventana sentándose en la cama. Tocó su corazón que aún latía con fuerza, no comprendía lo que había pasado ésa noche pero una cosa si sabía y es que el hombre le había gustado mucho.

Esa noche en su lecho Felicia tuvo dulces sueños en los que continuamente aparecían dos ojos azul cobalto que tomaban por asalto sus más íntimos deseos.

Los días transcurrieron sin que hubiera alguna noticia o visita del caballero de mirada azul, la jovencita corría a la ventana cada vez que la campanilla de la puerta sonaba para verlo aparecer o solía poner demasiada atención a las conversaciones de su padre para poder escuchar algo de ése hombre que la tenía cautivada. No se atrevía a preguntar directamente por él para evitar suspicacias, pero esperaba ansiosa noticias. Para su fortuna los preparativos de la boda de su hermana estaban en proceso y faltaban tantas cosas por hacer que podía distraerse y no pensar todo el tiempo en aquel hombre. Pero ése día su madre escribía los nombres de los invitados en los sobres de las invitaciones y mencionó un nombre que la hizo saltar de alegría en su asiento desde donde bordaba algunas servilletas para la mesa de la nueva casa de su hermana.

— Y por último el señor Leopoldo Galván recibirá la invitación. Creo que con él cerramos a los cien invitados a la iglesia y a la recepción.

— El señor Galván — murmuró por lo bajo pero su madre alcanzó a escuchar algo pero no entendió sus palabras.

— ¿Qué dices?

— ¡Que si no son demasiados invitados! — repuso de prisa tratando de disimular su nerviosismo.

— No cariño, apenas si cubrimos a nuestra familia y a los amigos. Lo que sucede es que eres muy joven todavía para entender estos convencionalismos sociales — dijo su madre sonriente mientras ponía el papel secante sobre las letras recién escritas en el sobre —. Bien esto ya está terminado. Ahora ven, veamos si ya está lista la comida.

—Si — Obediente se levantó y siguió a su madre hasta la cocina.

El corazón de Felicia estaba de fiesta, al saber que pronto volvería a ver al hombre que la hacía soñar. Ésa tarde después de sus lecciones de inglés y francés y de cenar entró al saloncito del piano. Pensaba en interpretar algo pero prefirió dar vueltas por la habitación como si danzara en los brazos de un ser invisible. Sus ojos cerrados y su sonrisa feliz la representaban como la joven soñadora que era, solo que ahora se agregaba el amor a sus sueños. Siguió dando vueltas hasta que su padre la llamó suavemente.

— Felicia... — al oír su nombre la jovencita se detuvo súbitamente abriendo los ojos y con las mejillas encendidas de rubor por haber sido sorprendida.

— ¡Padre perdón...!

—No tienes que pedir perdón por bailar, son tus horas libres y puedes hacer lo que quieras. En realidad vine a buscarte para que me acompañes a la azotea, a nuestro observatorio. La noche parece estar limpia de nubes y creo podremos disfrutar de nuestras estrellas favoritas, ¿quieres venir conmigo?

— ¡Claro que sí, papá! — dijo contenta abrazándose a su padre. Éste cogió su barbilla con suavidad y le dio un beso en la frente, amaba a sus dos hijas pero la pequeña era su adoración.

Ambos subieron a la azotea donde el señor Montes había mandado construir un pequeño cuarto con ventanales de vidrio decorado como una habitación más y por supuesto con un telescopio, catalejo, un escritorio con libros y papel. Cuadrante, brújula solar etc. Ambos eran aficionados a la astronomía y a la contemplación de las estrellas, para el hombre de edad era un escape a las preocupaciones por sus negocios y para ella era un complemento a sus ensueños. Al contemplar la oscuridad de la noche y el brillo de las estrellas su mente solía llevarla a lejanas fantasías e



ilusiones que deseaba se cumplieran un día. Aunque ésta vez sus ilusiones tenían un nombre y una mirada azul que la hacía estremecer de anhelo.

Leopoldo Galván, un hombre de 25 años de una estatura superior a la del promedio,

llegando al 1.95. Esbelto, pero bajo la ropa se adivinaba fuerte y musculoso, con nariz recta y labios delgados que escondía bajo un fino bigote y que hacían una pequeña mueca del lado derecho de su boca cada vez que sonreía. Su rostro largo y delgado, de facciones finas y atractivas más ésa su mirada azul lo hacía irresistible a las mujeres.

Con una gran fortuna que constaba de tres hoteles de lujo y dos fábricas de hilados que le producían muchas ganancias, y gracias a ello podía darse la vida de lujos a la que estaba acostumbrado.

También le gustaban los juegos de azar pero mucho más los del amor y solía utilizar bastante de su tiempo en ésa diversión, sobre todo con las mujeres casadas, era menos peligroso que hacerlo con una soltera. Las casadas nunca querrían abandonar su vida arreglada por él a diferencia de una mujer sin ningún compromiso. Leopoldo Galván era todo un seductor.

Y tras la noche de la cena en casa de los Montes Lira su juego había encontrado un nuevo interés: Felicia, la dulce jovencita de dieciséis años de la familia.

Tres semanas después la boda de Alicia Montes Lira se llevaba a cabo en la iglesia de la Profesa en el Centro de la ciudad. Quedaba lejos de su casa en la colonia Roma pero era la iglesia más bonita y popular entre la alta sociedad para llevar a cabo sus bodas, bautizos y demás actos religiosos.

Todos los invitados y la familia se hicieron presentes en la iglesia, llenando la capilla principal. También Beatriz y Felicia tomaron su lugar en las sillas del frente, ambas portaban un vestido de seda y encaje en color beige y un gran sombrero con flores y listones. Mientras iniciaba la ceremonia su madre conversaba con algunas de sus amistades y ella se dedicó a curiosear con la mirada a la gente congregada, hasta que sus ojos toparon con la alta y atractiva figura de un caballero que de espalda a ella hablaba con unos hombres que estaban sentados a su lado. Su corazón tuvo un sobresalto reconociendo al caballero que conversaba con otros sin darse cuenta que ella lo contemplaba.

El caballero de mirada azul subyugante estaba ahí de nuevo, cerca de ella. Sabía que había sido invitado más no estaba segura que asistiría pero para su felicidad lo había hecho. La música de violín se escuchó y todos

los invitados tomaron sus lugares frente al altar. Poco después la bella novia caminaba por el pasillo del brazo de su padre quien orgulloso sonreía a los invitados. Ella ocultaba su rostro tras el velo que cubría su cabeza y estaba sujeto con una corona de azahar y flores blancas. Llegó al frente del altar y entregó su mano al muchacho que la esperaba impaciente junto al sacerdote quien tomó su lugar en el altar y comenzó la misa hablando en latín.

Felicia seguía los sacramentos atenta pero en cierto momento sintió la fuerte sensación de que era observada. Con disimulo volvió su rostro buscando y sus ojos toparon con la mirada azul cobalto que la extasiaba, Leopoldo estaba ahí. Hizo un pequeño gesto con la cabeza en señal de saludo pero la chica se volvió deprisa como si hubiera hecho algo malo. El hombre sonrió con ésa mueca de lado que solía hacer, le hacía gracia la turbación de la jovencita, le parecían deliciosos sus modales estudiados y su timidez. Entendía que era alguien diferente a todas las mujeres que hasta ahora había conocido y dentro de si se dijo que bien valía la pena arriesgarse con una joven de sociedad, sin compromiso y lista para el matrimonio. Algo que por supuesto no pensaba llevar a cabo. Solo deseaba hacer un nuevo juego de conquista con ella. Felicia Montes Lira era muy bonita y sería un buen trofeo para él.

Tras la ceremonia los invitados acudieron a la recepción que se llevaría a cabo en la elegante casa verde y piedra de la colonia Condesa, propiedad de los Montes Lira. Toda la alta sociedad de la ciudad estaba ahí congregada para dar los parabienes a los recién casados.

Alicia se veía feliz y radiante como cualquier novia, su ahora esposo recibía felicitaciones de sus amigos y de todos los invitados, quienes se desvivían por los novios. La fiesta continuó con la comida compuesta de diferentes platillos muy elegantes y de origen francés por supuesto. Cuando terminaron llegó el momento de cortar el enorme pastel de cinco pisos decorado con crema blanca y guías de flores rosas.

Los meseros repartieron los pequeños platos con pastel de la exquisita vajilla china que el señor Montes regalara a su esposa cuando se casaran. Pocas veces Beatriz podía presumir la gran vajilla. Los invitados conversaban y comían el pastel, Felicia hizo lo propio pero se acercó a la mesa en busca de una rebanada más. El pastel de crema y relleno de nueces era su favorito y no pensaba quedarse con el antojo de una rebanada más. Mientras la comía sintió la presencia de alguien a su lado, de inmediato llegó a ella un aroma mezcla de madera y lavanda llenando sus sentidos y haciéndola saborear el aroma superando el postre que disfrutaba. Aspiró por unos segundos el perfume cerrando los ojos,

enseguida supo que era "él" quién estaba a su lado. Después sus ojos color avellana se abrieron para mirar al hombre que también disfrutaba de otra rebanada de pastel.

Enseguida una tímida sonrisa se formó en sus labios rosas y con emoción le habló.

— Señor Galván...

Éste se giró a mirarla y también sonrió caballerosamente.

—Señorita Montes, no había tenido el placer de saludarla.

—Sí, bueno es natural. Toda la atención es para los novios.

—Efectivamente, es un poco egoísta que ellos nos arrebatan no solo la atención sino la dicha también de bellos encuentros.

— Sí, bueno tal vez tenga razón.

— ¡La tengo se lo aseguro! Pero lo importante es que hemos podido tener ése encuentro que tanto deseábamos ¿No es así señorita Montes?

— Pues...no, no lo sé — dijo turbada.

—Lo es, y lo aseguro porque lo he visto en sus ojos profundos y hermosos — pronunció quedamente al oído de la joven al inclinarse a dejar el plato en la mesa. Ella se estremeció de placer al calor del aliento de Leopoldo en su cuello —. Ahora, como ve los novios nos están poniendo el ejemplo al iniciar el baile de recién casados. ¿Me permite tenerla entre mis brazos en éste vals?

La joven sorprendida no dijo nada, casi no había comprendido sus palabras. ¿Qué había dicho el hombre? ¿Qué deseaba tenerla entre sus brazos? No, eso no podía ser...aunque es lo que más deseaba en ése momento. Sin más Galván le ofreció su mano y ella casi como un autómatas puso la suya en la de él y ambos avanzaron hasta el centro del salón. La sujetó con firmeza de la cintura y al compás de un melancólico vals mexicano comenzaron a dar vueltas y vueltas mientras los ojos de ambos hablaban de sentimientos puros y de placeres prometidos.